

VENEGAS

No me propongo, claro está, pasar revista a los muchos españoles con quienes me relacioné en Argentina. Unos nombres u otros irán apareciendo en estas páginas de mis recuerdos y olvidos conforme la oportunidad se presente. Pero quiero mencionar aquí ahora el de José Venegas, a quien había conocido de modo pasajero antes de la guerra, cuando él era redactor de un vespertino madrileño, *El Heraldo de Madrid*, si bien me acuerdo, y que, según creo, había ido a Buenos Aires una vez estallado nuestro conflicto civil en calidad de agregado de prensa de la Embajada o algún cargo similar.

Venegas era hombre inteligente y bueno. En su primera juventud había sentido aspiraciones literarias, pero —decía; me dijo a mi una vez— esas aspiraciones eran desmedidas, y cuando se convenció de que no podría conquistar una cota tan elevada como hubiera querido, «cuando me convencí de que no podría escribir una novela tan grande como *El Quijote*», renunció al esfuerzo creativo y se resignó a la mediocridad del periodismo corriente, abandonándose al tra-la-lá de una existencia rutinaria.

Yo apreciaba mucho el trato amable, la conversación sensata, aguda y apacible de Venegas. Él fue quien me puso en contacto con un personaje bastante extraordinario, el industrial don José Iturrat, que deseaba hacer algo en favor de los escritores españoles llegados a la Argentina. Dueño de una fortuna muy cuantiosa que había amasado por sí mismo, Iturrat mantenía una relación de veras extraña con el dinero. Era capaz de firmar sin la menor vacilación cheques donando acaso millones de pesos —como lo hizo, en efecto, para ayudar a la causa de los judíos perseguidos por Hitler—, pero se le engurruñía el ombligo cuando debía sacarse unas monedas del bolsillo. El buen hombre era consciente de esta curiosa idiosincrasia suya, y hasta la hacía a veces objeto de broma. En cierta ocasión llegó al café donde nos reuníamos y nos contó en tono de autoironía que, en aquel día de lluvia, habiéndole pedido limosna una mujer con un niño en brazos a la entrada del tren subterráneo, le había dado cinco centavos; pero antes de llegar abajo: «¿Cómo se puede ser tan mísero —me dije—, que le doy tal insignificancia a la madre infeliz? Y me castigué: volví a subir los escalones y le entregué un peso». Muchos detalles por el estilo podría referir acerca de él; y también podría —pero más vale dejar el tema— extenderme en reflexiones sobre las peculiaridades que uno puede observar en la actitud de las gentes frente al dinero, pues el caso del viejo Iturrat no es, al fin y al cabo, tan

infrecuente. Pero... ¡a lo que iba! este don José, persona de sentimientos generosos a quien no le dolía la mano para firmar sustanciosos cheques, pero a quien se le agarrotaban los dedos a la hora de pagarle su café al camarero y la mirada se le iluminaba de alegría si lo convidaba alguien, había sido persuadido por Venegas a que ayudase a unos pocos escritores republicanos proporcionándoles recursos para echar a andar una serie de publicaciones. A Rafael Alberti, a Dieste y a mí nos entregó varios miles de pesos –por supuesto, en un cheque– para que iniciáramos las que, por sugerión de Varela, se llamaron ediciones de Nuevo Romance. Dieste quedó encargado de administrar los fondos, y todos pusimos en juego nuestras iniciativas. Se imprimieron unos pocos libros, entre ellos *Las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita; *La lozana andaluza*, recién descubierta con entusiasmo por Alberti; *Teresa Mancha*, de Rosa Chacel; una novela de Sánchez Barbudo... Pero esa tarea no daba trabajo, y por lo pronto, ningún provecho. Se gastó el pequeño capital en imprimir dichos libros, que Losada se había ofrecido a distribuir por su editorial y que, de hecho, sabotó para quitarse de encima lo que consideraría sin duda una potencial amenaza de competencia o, cuando menos, un estúpido engorro. Por su parte, don José Iturrat hubiera esperado –y tenía razón para esperarlo– que llevásemos una contabilidad en regla, cosa que ni siquiera Dieste con sus talentos matemáticos era capaz de hacer, o no tenía tiempo para hacerlo. Así, nuestro protector no nos ofreció nueva provisión de fondos, ni nosotros la pedimos ni deseábamos, pues lo cierto es que carecíamos de la destreza o de la experiencia y constancia necesarias para levantar un negocio; de manera que todo quedó en nada.

Tras este episodio en que la buena voluntad de Venegas e Iturrat resultó frustrada por nuestra incompetencia, mi amistad y mi trato cordial con ambos prosiguió sin interrupción. Una vez a la semana concurríamos a un café del barrio de Flores, y ahí nos pasábamos un par de horas charlando... Estando reunidos un día en esa habitual tertulia nuestra, notó Venegas que no atinaba a verter en su vaso el agua de la botella; se le derramaba fuera. Se alarmó; acudió, preocupado, al médico. Pocas semanas después tuvimos que asistir a su entierro: un tumor maligno en el cerebro había acabado con su vida, dejándonos consternados. Una gran pena.

FRANCISCO AYALA,

Recuerdos y olvidos (1906-2006).

Alianza Editorial